

ALFONSO LAMAS

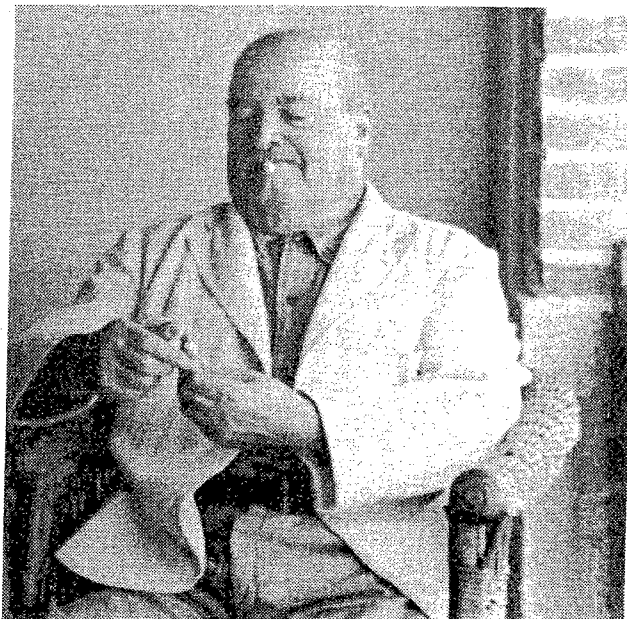
(1867-1954)

Dr. Alfredo Pernin

Nació el 19 de junio de 1867, en Buenos Aires, donde su familia se encontraba circunstancialmente. De estirpe de militares: su padre el general Diego Lamas; sus hermanos mayores, Diego el coronel de Tres Arboles; Gregorio que fue el director de la Primera Escuela Militar; su abuelo materno el general Delgado; se acostumbraba decir de su madre, doña Mercedes Delgado de Lamas, que era h.j.a. de general, esposa de general y madre de general. Walter Piaggio Garzón, en un estudio biográfico del binomio quirúrgico Lamas y Mondino, dice que tenía sangre de soldado, "de no ser médico hubiera seguido la carrera de las armas".

A los seis años regresa a Salto, donde transcurre su infancia, viniendo ya adolescente a Montevideo. Allí, a los doce años, inicia sus estudios de bachillerato en el Colegio Hispano Uruguayo y luego en la Sociedad Universitaria; en ella se relaciona con su coterráneo salteño don Benigno Paiva. Este organizaba paseos que denominaba, algo socarronamente "espartanos"; al principio iban a pie a lugares cercanos, luego cada vez más lejos. En 1887 realizan un viaje a la estancia de Norberto Acosta, primo de Regules, en campos próximos a la que es hoy Estación La Sierra. Para esta excursión agenciaron una diligencia, que en esa época comenzaban a arrumbarse en barracas y herrerías. Se arrimaron yeguarizos y vamos, en una mañana de primavera, con las barras del día, salieron de Montevideo. El mayoral era Elías Regules, a quien decían Carpanetto (por el famoso terceto de mayores, Pichín, Piuma y Carpanetto); el cuarteador era un joven estudiante de medicina, muy de a caballo, Alfonso Lamas, que en el cenáculo de Paiva llamaban —según Solís Otero y Roca— Venadito. La primera parada la efectuaron en Pando; de ella tenemos una fotografía tomada por Luis Mondino. Están frente a una parva: Regules al centro; a su izquierda los guitarreros Ramón Saldaña y el maestro Paiva; a la derecha Alfonso Lamas, Norberto Acosta; Mondino no siguió con ellos, esa misma tarde volvió a la capital.

Ingresó muy joven a la Facultad de Medicina; allí su estudio concienzudo de la anatomía le valió ser nombrado disector ayudante, junto al bachiller Nereo Iturriaga que era el primer disector. Mostró desde el comienzo gran predilección



por la cirugía, siendo alumno de José Pugnalin, al cual conservó toda su vida el respeto, reconocimiento y cariño que se deben al maestro.

Se graduó el 6 de agosto de 1890, a los 24 años; en esa época no había tesis de doctorado, reimplantada hacia 1891.

El mismo año que alcanzara su título, parte para Buenos Aires, donde había estallado la revolución del 90; iba encargado de una misión confidencial ante su hermano el capitán Diego Lamas, oficial que se distinguiera con relevancia en el ejército argentino. De inmediato ofrece sus servicios a las

autoridades de la revolución. Terminado el movimiento armado que encabezara Leandro Alem, el doctor Lamas regresa para hacerse cargo del puesto de médico en Nuevo Berlín —Departamento de Río Negro— destino que le habían dado al recibirse.

En 1891 se produce la vacante de profesor de patología quirúrgica; Lamas se presenta al concurso e ingresa al personal docente de la facultad.

El año 1896 se crea la 2ª Clínica Quirúrgica y el Consejo Universitario, presidido por Alfredo Vázquez Acevedo, designa para dirigir esa clínica al profesor Alfonso Lamas, éste propone como jefe de clínica al doctor Luis Mondino; desde entonces se constituye el binomio Lamas y Mondino.

La Segunda Clínica Quirúrgica, funcionó en la Sala Jacinto Vera, un anexo de la Sala Francisco Cabrera, hasta entonces asilo de enfermos crónicos de osteomielitis, tuberculosis óseas, urinarios, úlceras varicosas y fagedénicas. Lamas hizo modificar la planta física, construyéndose una sala para operaciones asépticas y otra para curaciones e intervenciones sépticas; se destinó una pieza para la esterilización del instrumental y material de curaciones, lavabos, etc.

En 1898 el profesor Pugnalin renunció a su cátedra, pasando la clínica de Lamas a ser la primera. La 2ª Clínica Quirúrgica se confió al profesor Alfredo Navarro, que recién regresaba de Europa, funcionando en la Sala Maciel.

Cuando estalló la revolución de 1904, Lamas ocupó su destino de jefe de la Sanidad Nacionalista, que ya había

desempeñado en 1897, junto a Morelli y Lusich; quedó a cargo de la clínica el doctor Mondino. A raíz de esas actuaciones el gobierno le destituyó. Una vez declarada la paz, se le confirió nuevamente el cargo. En un principio no quería aceptarlo pero, a instancias de colegas, profesores y discípulos, volvió nuevamente a la docencia. Mientras tanto la clínica del profesor Navarro pasó a ser la primera y a funcionar en la Sala Jacinto Vera, hoy Sala Navarro. Lamas al reincorporarse ocupó la Sala Maciel que había sido la de su maestro Pugnalin. Posteriormente a la Sala Maciel se agregaron las Salas Artigas y Cirugía. B. Esa es la razón por la cual la Clínica Lamas pasó a ser la Segunda Clínica Quirúrgica.

Desde 1905 hasta 1935, Lamas enseña cirugía en la Sala Maciel. Primer maestro de la cirugía uruguayaya, lo llamó el doctor Alberto Roldán (en su artículo del Libro de Oro del profesor Lamas, 1944). Durante casi medio siglo, desde 1891 como profesor de patología quirúrgica, y desde 1896 como profesor de clínica, hasta 1935 al retirarse, diciendo que había que dejar lugar a los jóvenes, ejerció la docencia en el más alto sentido de la palabra. ¿Cómo estuvo signada esa docencia? Quizás la mejor definición nos la da el ya citado Roldán, en estas sencillas palabras: "honestidad, sobriedad, espíritu práctico".

Quería formar cirujanos prácticos, que supieran lo necesario para cumplir eficazmente su misión, realizándola regiosamente dentro de una severa ética profesional y humana. En su enseñanza no perdía tiempo en florilegios eruditos yendo directa, y me atrevo a decir humildemente, a lo que realmente pudiera saberse por la historia y el examen del paciente. Proponía rápidamente el probable diagnóstico, aconsejaba el tratamiento, encuadrado en la mayor humanidad compatible con la lesión a tratar y planteaba el eventual pronóstico.

Siempre decía: "hay algo peor que no hacerle nada a un enfermo, y es provocar su muerte". En otro dicho, o aforismo, encerraba el concepto, para ese entonces de avanzada, de las operaciones escalonadas: "es preferible curar en dos tiempos, que matar en uno solo". La operación llamada justicieramente de Lamas y Mondino, consistente en provocar adherencias de la pleura parietal y visceral, frente a la localización del quiste de pulmón para luego, a través de ellas, evacuar el quiste hidático. Se evitaba así el neumotórax, el colapso del pulmón, casi siempre mortal, de la operación en un tiempo; por otra parte, en los pocos casos de supervivencia, la cavidad pleural quedaba sembrada, contaminada. Hasta la aparición de las técnicas de anestesia general que permitieron manejar el tórax abierto, la operación de Lamas y Mondino salvó y curó innumerables casos; sería largo y no corresponde al objetivo de nuestro artículo, historiar el desarrollo de los perfeccionamientos de esa cirugía: método de Posadas, arponado, la complicadísima técnica del alemán Sauerbrush, todas tendientes a evitar el colapso pulmonar. Lo original de la técnica de la Sala Maciel, que no puede negarse, consistió en su sencillez y su empleo sistemático, y el no dejarse tentar por conquistas no del todo consolidadas.

A fines de 1898, el doctor Lamas propuso a Mondino la instalación de un sanatorio para evitar las operaciones improvisadas en fondas y casas de familia. A ese efecto alquilaron una casa en la calle Hocquart; dos años después arrendaron otra, más amplia, en la calle Durazno donde trabajaron hasta 1907. En esa fecha se inauguró el nuevo sanatorio, el primero construido con ese fin. Se edificó en un terreno de un cuarto de manzana, en las Tres Cruces, adquirido a la sucesión de Juan Pernin. Fue el sanatorio, con frente al Camino 8 de Octubre, conocido como de Lamas y Mondino.



En Pando, 1887, Regules al centro; a su izquierda los gurreros Ramón Saldaña y el maestro Paiva; a su derecha, Alfonso Lamas, Norberto Acosta, de pie.

Foto Mondino

En esos sanatorios hubo brillantes practicantes; para citar solamente unos pocos: fue interno el que posteriormente fuera el profesor Ernesto Quintela, quien realizó algunos ensayos de anestesia con protóxido de azoe; Eugenio Lawrence, que integró los cuadros del servicio de sanidad del ejército revolucionario, actuando directamente en el Hospital de Sangre de Cuchilla Seca (Minuano). Desde 1908 ocupó ese cargo Alberto Roldán quien, después de recibirse, fue a radicarse en Paysandú donde ejerció la cirugía con el éxito y brillo que son del dominio público. En 1919 fue interno el bachiller Briz, que luego de doctorarse se instaló primero en Minas de Corrales y después en Rivera.

El bagaje científico quirúrgico del profesor Lamas provino principalmente de Pagnalin, un brillante y capaz cirujano de la Escuadra AustroHúngara (era nacido en el Lombardo Véneto), de formación principalmente vienesa y que, en los comienzos de nuestra escuela de medicina se radicara en Montevideo; y de José Samarán, el jefe de clínica de Pagnalin; un cirujano español purista de la técnica de Ollier y Farabeuf. Pero, puede decirse, que en mucho fue un autodidacta, con una facilidad asombrosa para nutrirse de su propia experiencia.

Considero de interés recordar algunos de los integrantes del profesorado de la facultad en los años que cursaba sus estudios nuestro biografiado. En anatomía, el doctor José María Caraffi; en fisiología, el doctor Francisco Suárez y Capdevila; química, el farmacéutico, Juan J. González Vizcaíno, sustituido luego por el doctor José Scoseria; la historia natural médica, la enseñaba el químico farmacéutico José Archavaleta; la materia médica y terapéutica, estaba a cargo del doctor Eduardo Kemmetich; patología y anatomía patológica, don Guillermo Leopold; el doctor Alejandro Fiol de Pereda, la obstetricia; la clínica semiológica, estaba a cargo del doctor Antonio Serratos; la clínica quirúrgica, del doctor José Pagnalin; la clínica médica era enseñada por el profesor Pedro Visca; medicina legal, el doctor Elías Regules y

la clínica oftalmológica, el profesor Albérico Isola. Los decanos, en ese período, fueron sucesivamente: Pedro Visca, Elías Regules y José Scoseria.

Dice don Domingo Prat, en su artículo del Libro de Oro (loc. cit.), el profesor Alfonso Lamas culminó en la parte científica de la docencia, pero superándola ampliamente en la parte personal de su función. Cultor del mayor respeto y consideración por el enfermo que se confiaba a su cuidado, nos inculcó con la práctica y el ejemplo esa noble enseñanza.

Era un cumplidor estricto de sus funciones docentes y asistenciales; llegaba puntualmente a las 10 de la mañana y se retiraba a las 12. Recordamos sus alumnos que, cuando alguien seguía hablando sobre algún caso clínico, en el anfiteatro, pasado el medio día, se veía aparecer la cabeza redonda y canosa de Lamas que se asomaba y preguntaba cortés y firmemente: "¿nadie quiere ir a almorzar esta mañana?" Ni que decir que quien se había excedido en el horario, terminaba al punto su perorata. Contribuía así a mantener el orden y la disciplina, tan necesarias en nuestras aulas universitarias.

De correcta y castiza dialéctica dominaba la ironía, más o menos directa, siempre aguda y educada. Dice también Prat, a quien aquí citamos textualmente: "su personalidad puede considerarse como la asociación íntima de las cualidades superiores del caballero hispano y de nuestro noble gaucho de la epopeya libertadora".

Con amoroso sentimiento de padre, fue severo con sus discípulos y amigos; nunca se mostró débil ni aduló a los estudiantes, siendo más bien rígido con ellos, pero en todo momento ecuaníme y justo. Una de sus citas favorables era: "hacer todo el bien que se pueda; amar la libertad por encima de todo y, aunque fuere a cambio de un trono, no faltar nunca a la verdad".

En 1913 realiza un viaje a Europa, con el propósito de perfeccionarse y conocer los adelantos científicos y técnicos de su profesión. En su recorrida por clínicas alemanas y



Tres octogenarios: Luis Mondino; Alfredo Pernin y Alfonso Lamas en Playa Verde 1946 (los tres nacidos en 1867).

francesas, supo asimilar aquellos conocimientos que pudieran servirle para su docencia y aquilatar experiencias que enriquecieran su práctica. En una visita al servicio del profesor Paul Reclus (el del famoso Précis de los Agregados), se mostraba un paciente con una tumoración en el hipocondrio derecho. Se le preguntó que pensaba pudiera ser, pues aún no tenían certeza del diagnóstico. Contestó que si estuviera en el Uruguay, diría que posiblemente fuese un quiste hidático del hígado. La operación confirmó el diagnóstico; se trataba de un magrebino de Túnez, región de cría de ovejas.

Jamás vimos al profesor Lamas tratar de deslumbrar a los concurrentes a sus clases, con elaborados ejercicios de retórica clínica. Su enseñanza se desarrollaba ateniéndose al caso presentado, favoreciendo el diálogo y facilitando la controversia con preguntas e insinuaciones a ese fin conducentes. En ese repasar del archivo clínico se desarrollaba frecuentemente un pintoresco diálogo con quien le acompañaba en la primer grada del anfiteatro, el profesor Mondino, que terciaba en la discusión con aquellas casi sacramentales palabras: "te acordás Alfonso..."

Su actuación ciudadana y política es bien conocida, y no corresponde aquí el historiarla. Como partidario sirvió siempre a su Partido Nacional, tanto en la paz como en la guerra. Desde sus actuaciones en la sanidad revolucionaria, en las campañas de 1897 y 1904, hasta su integración del directorio del Partido Nacional; como consejero, durante seis años, en el Consejo Nacional de Administración, sostuvo su convicción liberal. Positivista por su formación en el bachillerato, junto a Benigno Paiva y Plácido Ellauri, sus concepciones filosóficas se caracterizaron por el respeto a la libertad de pensamiento y la mayor tolerancia por las opiniones de los demás. Como médico sostenía la inquebrantable posición de no hacer distinciones entre los seres humanos, ni por raza, religión o posición social.

Gran caminador, iba con frecuencia desde su casa de la calle Colonia casi Paraguay hasta el sanatorio, donde llegaba a eso de las siete y media en verano o las ocho en invierno. Un poco antes de las diez se encaminaba al Hospital Maciel, casi siempre con Mondino quien, automovilista desde la primera hora, lo llevaba en su vehículo. Con frecuencia aprovechaba sus asuntos para trasladarse al interior, en excursiones

cinéticas en compañía de amigos; en el establecimiento visitado recorría los potreros, escopeta bajo el brazo, cansando a compañeros y hasta el perro. Sus vacaciones más largas las pasaba en su chacra de la costa del arroyo Pando, y posteriormente, en el campo del Cerro de los Burros, en Playa Verde, alternando la caza y la pesca.

Aquí no puedo resistir la tentación de relatar una anécdota que se me antoja sabrosa, y es por lo menos auténtica. En la época heroica de la cirugía a domicilio, cuando hacía las veces de quirófano la sala o el comedor de la casa del paciente, o una habitación de una fonda, o la pieza de un conventillo, desalojada al efecto, de enseres y muebles; Lamas y Mondino, después de realizada la intervención en esa sala de operaciones de fortuna, tenían necesariamente que seguir la evolución del caso. En ciertas circunstancias, no teniéndolas del todo consigo, enviaban en descubierta, antes de cumplir la contravista, a su gran amigo e inseparable compañero de cacerías Luigi Franchi (un armero toscano que tenía su negocio en la calle Ituzaingó); cuando llegaban a la cuadra anterior del domicilio del enfermo, Franchi descendía del coche y, como quien no quiere la cosa, iba a averiguar lo que podía estar pasando. El italiano preguntaba por el o la paciente y, si todo marchaba bien, nuestros doctores seguían sus pasos y entraban en la casa.

En una ocasión, al menos, y así me lo relató el propio Franchi, se encontró con el conventillo en plena ebullición; los parientes y vecinos vociferaban improperios contra quienes calificaban de farsantes y asesinos; la paciente acababa de fallecer; presto volvió el mensajero, calándose el gacho hasta los ojos, y subió al coche que lo esperaba a la vuelta de la esquina, diciendo según parece: "curagio scapuma".

El doctor Alfonso Lamas cumplió generosamente con sus actividades de hombre, de profesor, de cirujano, de ciudadano y de político. Al llegar a lo que consideraba el límite de edad para médicos y principalmente cirujanos, a los 68 años, se retiró sencillamente sin aceptar honores ni homenajes. Un grupo de discípulos y amigos, entre los cuales me enorgullezco de formar parte, lo rodearon en su chacra de Playa Verde, junto a un asado al aire libre.

Falleció en 1954, habiendo cumplido 87 años. Tiene don Alfredo Lamas un lugar de privilegio bien ganado entre con-ciudadanos, amigos y discípulos.